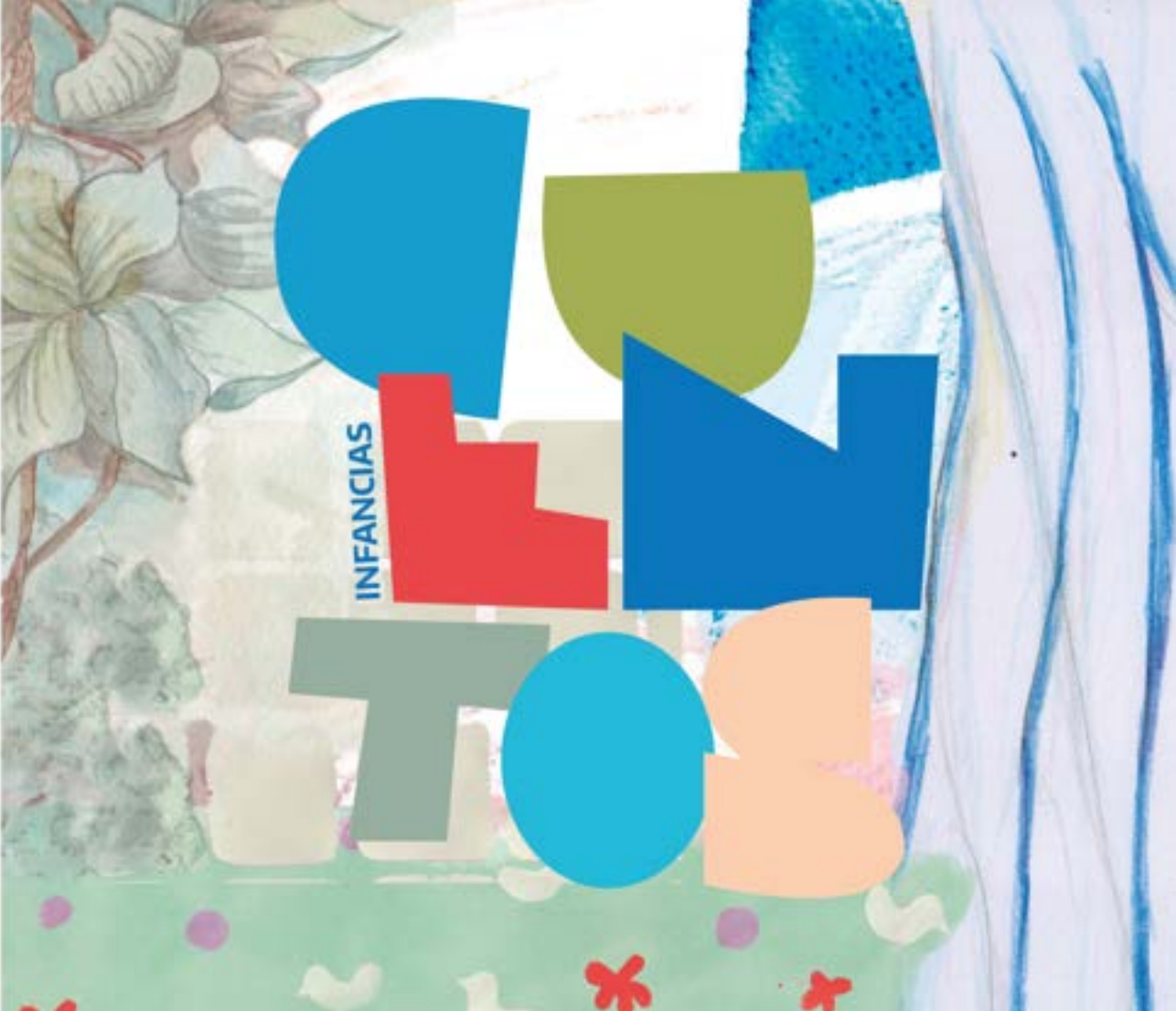




INFANCIAS

Reconocimiento
MARÍA ELENA WALSH

Presidencia
SENADO
DE LA PROVINCIA DE
BUENOS AIRES

Dirección de
Mujeres, Géneros
y Diversidades

Reconocimiento Maria Elena Walsh- Segunda Edición Año 2025
Honorable Senado de la Provincia de Buenos Aires

Vicegobernadora y Presidenta del HSBA

Verónica Magario

Jefatura de Gabinete

Martín Di Bella

Dirección de Mujeres, Géneros y Diversidades

Equipo de trabajo

Maite Sandá

Gabriela Martínez

Cira Candia

Julietta Ingrassia

Ilustración y diseño

Verónica Viva @estudio_viva

Jurado

Gabriela Díaz

Carina Cerruti

Maite Sandá

Contacto:

direccionmgdy@gmail.com

+54 9 2213 55-9082

generos.senado-ba.gov.ar

Instagram @senadogeneros

2026, Honorable Senado de la Provincia de Buenos Aires
Todos los derechos sobre estas obras fueron cedidos para la presente edición

Licencia Creative Commons

Reconocimiento
MARIA ELENA WALSH

Infancias

El coso

Pablo Miguel Ruocco



La máquina de hacer cuentos

Magdalena Díaz Pérez



La maga de los aritos

Matias Pi

Presentación

En el año 2020 la Vicegobernadora Verónica Magario, en su carácter de Presidenta del Honorable Senado de la Provincia de Buenos Aires decidió crear la Dirección de Mujeres, Géneros y Diversidades, un nuevo ámbito legislativo desde el cual transversalizar la perspectiva de género hacia adentro del Senado bonaerense, y desde el cual también impulsar acciones que promuevan la igualdad en las comunidades de los 135 municipios.

Es por ello que desde esta Dirección realizamos en el año 2024 la primera edición del Reconocimiento María Elena Walsh, un concurso literario que además de ser un homenaje a la gran escritora, compositora y cantautora argentina, buscó encontrar a los autores y las autoras bonaerenses con ganas de escribir, con las infancias y adolescencias con ganas de leer.

Durante el año 2025 se realizó la segunda edición, se recibieron cuentos de 49 municipios.

El jurado estuvo integrado por Gabriela Díaz (Jurado invitada), Carina Cerruti (Jurado por el Instituto Cultural de la Prov. de Bs. As.) y Maite Sandá (Jurado por el Senado de la Prov. de Bs. As.) Se seleccionaron seis obras: cuatro fueron premiadas y dos obtuvieron menciones especiales.

En la categoría “Infancias” obtuvo el premio con el primer premio el cuento “El coso” de Pablo Miguel Ruocco y el segundo premio “La máquina de hacer cuentos” de Magdalena Díaz Pérez. La mención fue para el cuento “La maga de los aritos” de Matías Pi. En la categoría “Adolescencias”, los premiados fueron “Los dos ayudantes” de Mágara Averbach con el primer premio y “Mi amigo monstruo (Otra historia real)” de Nelson Martín Pérez con el segundo y obtuvo una mención el cuento “La hora ausente” de Horacio Martín Rodio. Agradecemos especialmente al Instituto Cultural de la Provincia de Buenos Aires por su aporte en la difusión y en la conformación del jurado.

Dirección de Mujeres, Géneros y Diversidades
Honorable Senado de la Provincia de Buenos Aires



Primer premio

El coso

Pablo Miguel Ruocco

A blue-toned illustration of a room. On the left, there is a bed with a person lying on it. Next to the bed is a desk with a lamp and some papers. A clock is visible on the wall. The background is a textured blue wash.

Papá entra despacio a la habitación de Beni.
Es lunes, todavía está oscuro.
Arranca el día...

- *Buen día, buen día. Vamos a levantarnos.*

Beni no responde, aunque Papá sabe que está despierto.





Papá hace algo de tiempo, va a la cocina,
pone la pava, corta el pan y lo pone a tostar.
Necesita recargar energías. Vuelve.

*Beni, mi amor. Andá despertándote, dale.
Parece que va a ser un lindo día, volvés a encontrarte con la seño, a jugar
con tus amigos.*

dice mientras prende el velador de luz suave
y le frota la espalda un poco como mimo,
otro poco como zarandeo.



Beni abre los ojos. Lo mira.

- Papi, quiero el coso.

Papá se siente desencajado. No entiende.

- ¿Qué coso, Beni?

- El coso, pa.

Papá piensa rápido, mira a los costados.

Busca entre los muñecos, busca algo que no sabe qué es.

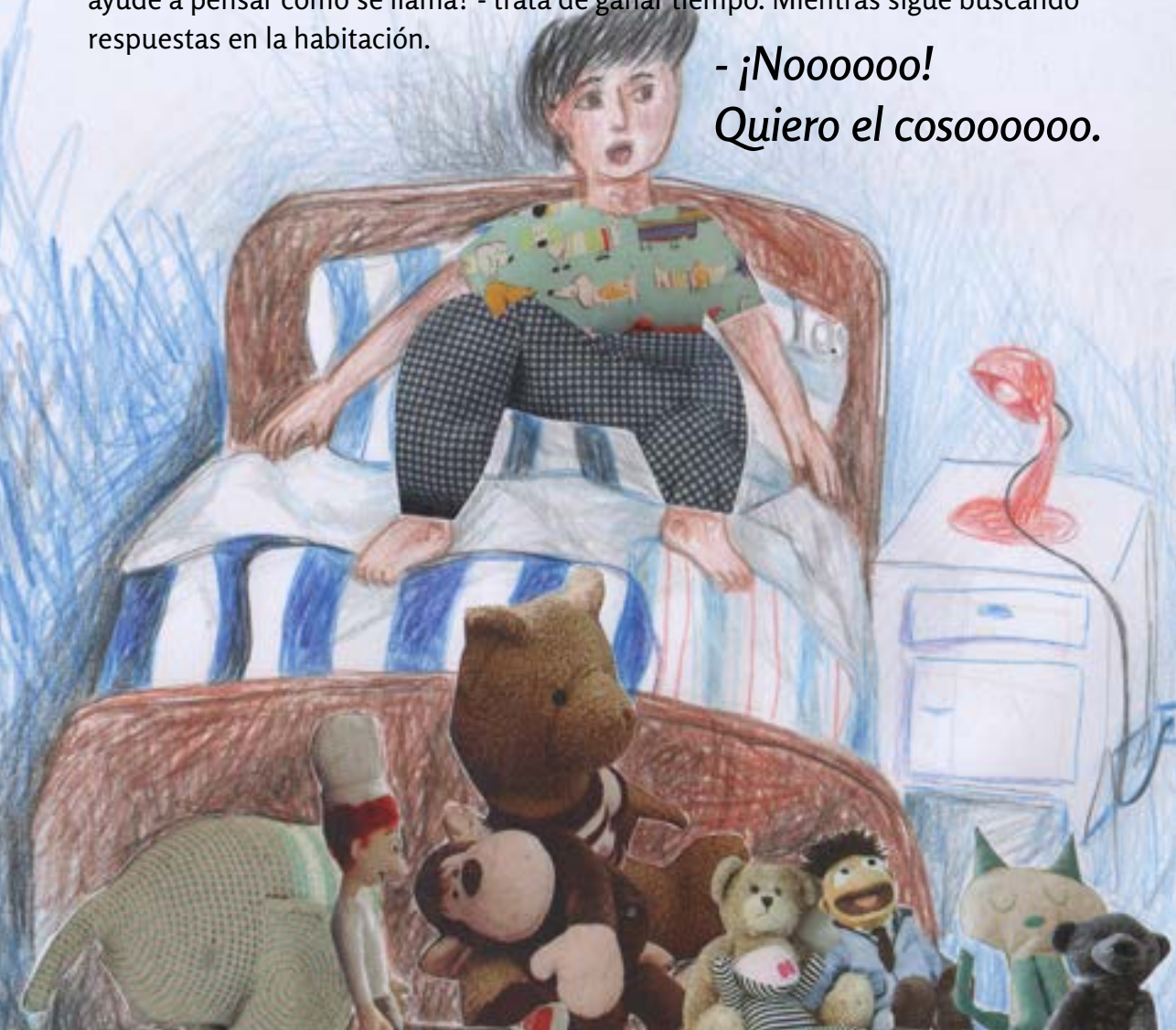
- ¿Querés a Dino?

- No, papá. ¡El coso!



- ¿Qué coso, Beni? No te entiendo. ¿Soñaste con algún personaje? ¿Querés que te ayude a pensar cómo se llama? - trata de ganar tiempo. Mientras sigue buscando respuestas en la habitación.

- ¡Nooooooo!
Quiero el cosoooooooo.



Papá se acerca a su hijo. Respira hondo, prueba otra estrategia.

- A ver, decime cómo es el coso, yo trato de encontrarlo. ¿Dale?

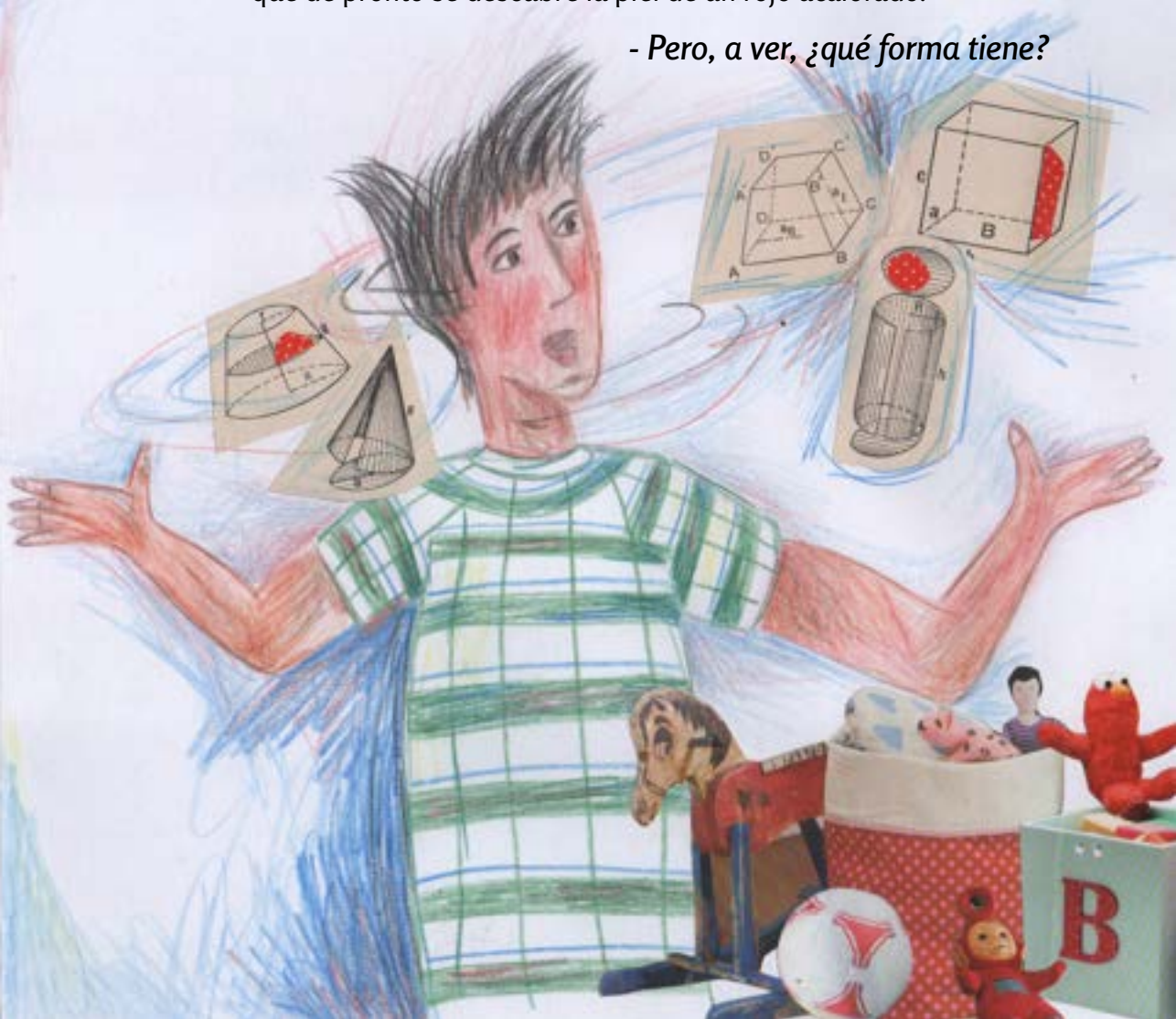
- No sé, papaaaaá.

- ¿De qué color es? Dame alguna pista, así papá te entiende.

- No es de ningún color. ¡Quiero el cosooooo!

El que empieza a tomar color es Papá,
que de pronto se descubre la piel de un rojo acalorado.

- Pero, a ver, ¿qué forma tiene?





- No tiene ninguna forma, papá.

Papá sabe que no tiene muchos intentos más, en cualquier momento la situación puede terminar en llanto, gritos y enojos cruzados. Contiene la respiración y, de la fuerza que hace, se le paran los pelos, formando dos mechones alargados.

Como si fueran aspas, empiezan a girar.



Papá siente que el cuerpo se le endurece como el metal, a la vez que los brazos se elevan y la espalda empieza a encorvarse...

- No es algo que está acá, no es algo que soñaste...

Me decís que no tiene forma. ¿Qué es el coso? -

*- **El coso, pa.***

Beni gira un poco su cuerpo, para un lado y para el otro.

*- El coso, el coso - repite, mientras señala a su papá y gira.
Señala y gira.*



Papá sonríe. Desde esa transformación, abre las cortinas: empieza a entrar algo de claridad en la habitación y en su cabeza. Se mira en el reflejo de la ventana: los brazos duros, abiertos, el cuerpo enrojecido, los pelos revoloteados. Se ríe. Lanza una carcajada, parece un motor.

- ¡El coso! - Beni señala a Papá: lo que antes era un pedido, ahora es un descubrimiento.



Papá agarra a Beni de las axilas, lo levanta en el aire. Lo sostiene fuerte, le cruza las manos como un cinturón. Empieza a dar vueltas, todo rojo, el cuerpo firme, los pelos agitados, giran como hélices. Beni se agarra bien fuerte de la máquina roja, que empieza a levantar vuelo.

¡El coso!

- ¡¿El helicóptero?!

- Siiiiiiiiiii.





Como todas las mañanas, Beni viaja en helicóptero desde su habitación hasta el living, primera parada del viaje. Aunque es un piloto con experiencia, la nave se bambolea un poco, roza la lámpara de pie, golpea levemente contra el techo.



Con algo de dificultad, logra aterrizar en el sillón. De pronto, olor a quemado. ¿El motor sufrió daños? Caras de preocupación. Beni revisa su Papá-helicóptero, todo en orden. Ambos siguen el aroma, viene de la cocina... ¡Las tostadas! Es muy lunes, para los dos.

Sobre el autor de El coso

Papá se acerca a su hijo. Respira hondo, prueba otra estrategia.

Nací en Lomas de Zamora, el 17/02/85. Me autopercibo escritor, editor, psicólogo y gestor cultural (en ese orden). Algunos de mis cuentos fueron distinguidos con el 1° premio del Concurso Juan Goñi (Cañuelas, 2021) y el 2° premio del Certamen Nacional Hugo Gola (Santa Fe, 2017), entre otros. Tomé talleres de escritura con Juan Carrá, Alberto Laiseca, Agustina Bazterrica, Julián López y Laura Massolo. Realicé el Curso de Posgrado Internacional Escrituras: creatividad humana y comunicación (FLACSO, 2020). Desde 2021 coordino Patio al Sur, un proyecto literario que tiene como objetivo generar comunidad en torno a la lectura, la escritura y los libros. Publiqué los libros Inconscientes (Editorial MuerdeMuertos, 2021) y Sorbos de Soda (Patio al Sur Ediciones, 2025).

En relación al cuento “Coso”, surgió de una mañana fría de otoño, al momento de levantar a Beni, mi hijo, para ir al jardín. Gran parte de la historia está basada en hechos reales, dejo a criterio de quién lea cuánto hay de ficción en este cuento. Tanto Beni como Emi (mi otra hija) son fuente inagotable de situaciones, anécdotas y momentos dignos de hacer cuento, a ellxs, mi total admiración y agradecimiento.



Segundo premio

La máquina de hacer cuentos

Magdalena Díaz Pérez



Cuenta una leyenda que en el pueblo de Roque Pérez había una máquina de hacer cuentos escondida en la calesita de la plaza principal. Manuela quería desentrañar ese misterio. Ella siempre jugaba a ser detective y ésta le pareció una gran oportunidad. Empezó por preguntarle a su papá para ver si sabía algo de esta historia, quien mientras cocinaba para la cena, le contestó:

-Manuela, no creo que exista eso. Es pura leyenda, nadie se acuerda.

Manuela insistió, con sus típicas ganas de investigar:

-Yo quiero averiguar, papá! Quiero saber todo: Quién puso la máquina ahí, qué historias contaba, por qué nadie se acuerda de eso, y muchas cosas más.

El padre le contestó:

-Manu, creo que Roque Pérez se llama así por eso, fue él quien inventó esa máquina. O la historia. No sé mucho más, la verdad, pero quisiera ayudarte en lo que necesites. ¡Contá conmigo!- Le terminó diciendo su papá, alentando.

Manu se quedó pensativa, inquieta, dudaba. Quiso seguir pensando mientras caminaba por la calle San Martín. Así fue llegando a la plaza. Miró la calesita de lejos, tratando de encontrar algo. La calesita estaba muy bien cuidada por Domingo, el calesitero, hacía ya muchos años. El aceitaba los mecanismos y la plataforma y la pintaba de vez en cuando. Además tenía un gran encanto entre las familias y sobre todo, entre las niñas y los niños del pueblo. Tenía la particularidad de que les entregaba a todos los chicos algún caramelo aun no habiéndose sacado la sortija. Y eso los dejaba a todos felices. Manu no dudo en preguntarle si sabía algo de la leyenda, si tenía algún dato o elemento para aportar a la investigación.





Domingo fue directo a su cabina, donde controlaba la música de la calesita, busco una llave y salió a responderle:

- Te entrego la llave de la puertita donde se supone que estaba esa máquina.

Lo único malo es que no vas a poder abrir. Hay dos cerrojos más y no sé donde están dichas llaves. Quizás te pueda ayudar la kioskera Elena, que hace años tiene el negocio allá. Andá, hablá con ella. Pero no te ilusiones.

Esto está cerrado desde 1994.

Manu, con llave en mano y respirando agitada, se fue directo al kiosko. Pero Elena estaba durmiendo la siesta, y la atendió su nieta. Ella le contó toda la historia y entonces la nieta le dijo entusiasmada:

-¡Que increíble toda esa historia! Creo que mi abuela tiene la llave de un cerrojo. Yo se las pido ni bien despierte. Volvé tipo 5 que seguro esté.

Cuando Manu volvió, Elena le tenía preparadas las llaves del cerrojo de arriba de la puerta de la calesita. Era una pequeña llave bañada en cobre. Elena le advirtió:

-Sos una muchacha muy aventurera. Ojalá puedas abrirlo y descubrir lo que siempre soñamos todos. Solo que también tendrás que averiguar el número de la clave del candado que también cierra esa puerta. Quien solía acordarse de eso es el afilador, pero solo pasa los martes y jueves por acá, en bicicleta. Lo reconocerás porque toca su armónica a las dos de la tarde.



Manuela le agradeció y se fue a anotar todas esas cosas que había vivido y recopilado. Tituló su cuaderno: “Diario de búsqueda de la gran máquina de historias de Roque Pérez”. Y abajo su nombre completo: “Manuela Garcia Lopez”. Empezó a escribir:



Fueron largos días de ansiedad y espera hasta que llegó el martes. Manuela se instaló en la puerta de su casa desde la una y media por si escuchaba al afilador pasar. Tenía tantos nervios de que no pasara, o de no escucharlo que casi ni volvió a su casa para tomar agua. Y pasadas las dos, lo escuchó pasar por la esquina en bicicleta.



Por suerte lo hacía tan despacio que a Manu le dió tiempo para agarrar su bici y a toda velocidad y acercarse:

-Buen día señor. Soy Manu. Estoy intentando abrir la puerta de la calesita donde se supone que está la famosa máquina de hacer historias. Me dijeron que usted sabría el código del candado. ¿Es así?

El hombre la miró con cierta desconfianza. No entendía qué hacía esa nena averiguando todo.

-¿Dónde está tu mamá que andás sola por acá? ¿Por qué no te quedas en tu casa nena, jugando a las muñecas o haciendo algo más divertido?

Manu le contestó con firmeza:

-Mi mamá está trabajando y sabe que estoy acá. Además jugar con muñecas no es lo único



que hago, me gusta investigar y andar en bici.

Raul, el afilador, con pocas ganas, lo dijo bajito y con algo de dudas:

-33699 creo, o 98. No me acuerdo cómo termina. Pero 336 seguro, nena. No creo que puedas abrirlo de todas maneras, está muy oxidado. Andá a saber qué cosas habrá ahí dentro, incluso ratas. Tené cuidado. Yo no me metería en ese lugar y menos después de tanto tiempo

Manuela se fue a anotar el número con la lapicera en su mano, y se fue casi sin decirle adiós. Se sintió un poco triste por momentos al ver que todos le quitaban las esperanzas o el aliento para seguir investigando. Pero algo la movilizaba. La llenaba de sentido y de felicidad.

Volvió a su casa y escribió:





Al otro día, y tal como había acordado con Domingo, fue a la plaza y esperó que se abriera la calesita. Mucha gente se juntó a ver el gran evento. Manu se acercó y junto con Domingo, intentó abrir con la llave que él le había dado. Con un poco de fuerza pero más de maña, lo lograron. Luego la segunda llavecita del cerrojo, que Elena le había dado. Tal como ella le advirtió, el candado estaba oxidado pero con ayuda del aceite que Domingo le ponía a la calesita, se destrabó y se abrió. Ya faltaba poco. La gente seguía llegando. Cada vez estaban más cerca tratando de ver qué pasaba. El papá de Manu relataba cada acción, la mamá sacaba fotos. Y así llegaron al final. Se intentó con el primer código del candado: 33699. No abría. Probó con la otra combinación: 33698. Era!



Y así intentó abrir la puerta que estaba un poco trabada y con mucha tierra por debajo. Al abrirla, mariposas de todos tamaños y colores volaron hacia afuera como preparadas para el gran momento. La gente quedó sorprendida y rodeada de colores y felicidad. Estaban conmovidos. Manu no vio nada más y un poco decepcionada intentó prender una linterna que tenía en su mochila. Estaba muy oscuro. Pudo ver una cajita pequeña, como de fósforos, abajo en un rincón.

La agarra, la abre y encuentra un papel. Con mucho cuidado lo desdobra intentando no romperlo y así lo lee:

“Ya tienes una historia para contar”

Sobre la autora de “La máquina de hacer cuentos”

Manuela quería desentrañar ese misterio.

Ella siempre jugaba a ser detective y ésta le pareció una gran oportunidad.

Hola, soy Magda. Nací en Lanús, en 1981. Desde niña estuve inmersa dentro del universo artístico, sobre todo relacionado con la música y la danza. Me especialicé en la Educación musical, y también como Musicoterapeuta, no solo entendiendo la Música como herramienta de transformación social sino personal. Asimismo, y casi de manera ininterrumpida, fui escribiendo diarios y cuadernos durante toda mi vida. Escribo cuentos y poesías desde que nacieron mis hijos, Camilo y Julia. El cuento “La máquina de hacer cuentos”, surgió de esas noches de desvelo e inventiva, donde intentaba crearles un mundo de fantasías, para ellos. Y de la repetición, quedó instalado en nuestro folklore familiar y devenido cuento escrito. El primero de mis cuentos para niños.



Mención especial

La maga de los aritos

Matias Pi



Octi escribió en una cartulina:

¡Bienvenida Maga!

Mientras decoraba el cartel con fibras, preguntó si Maga se escribía con ge o con jota.

—Con ge, como mago o gol —dijo su papá.

Octi abrió los ojos como pelotas de fútbol.

—¿Se llama Maga porque es maga? — preguntó.

—No. Le decimos Maga porque se llama Magalí.

Otra decepción. Primero le dijeron que no podía jugar al fútbol con ella todavía. Ahora que no era maga. Su hermana había empezado con varios goles en contra. Y eso que todavía ni la conocía.



Cuando lo llevaron al hospital a verla, se dio cuenta de que no le mintieron, sus piecitos eran del tamaño de una goma de borrar. No iba a poder patear la pelota con una goma de borrar. La siguió revisando.

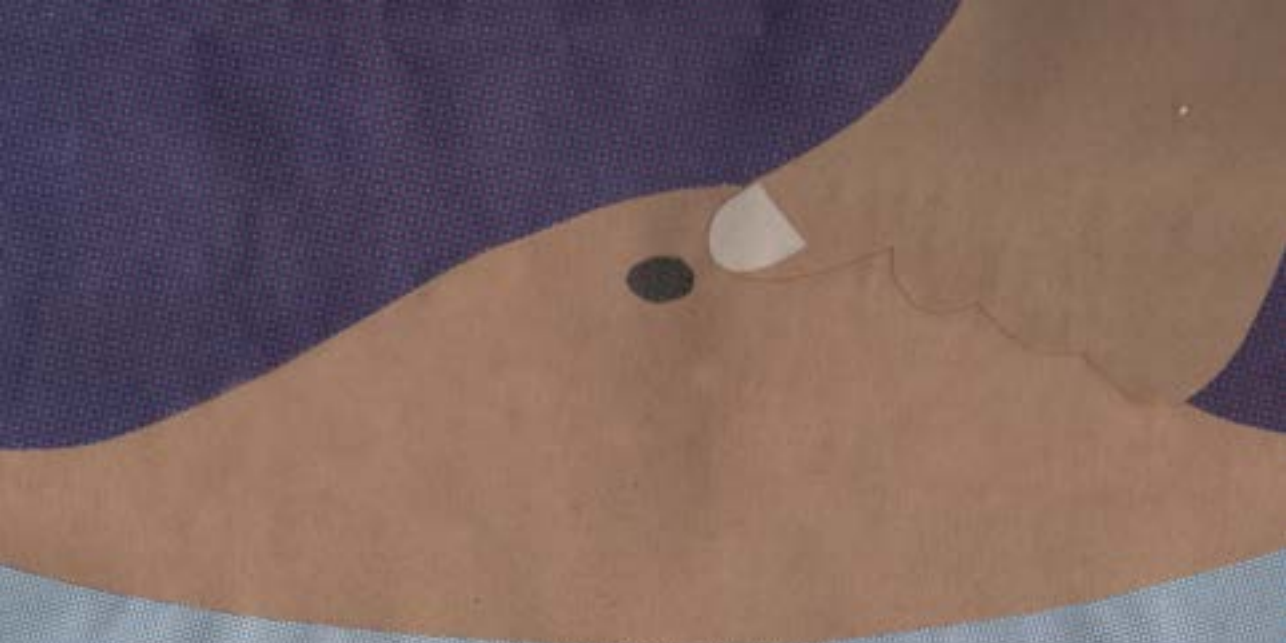


Era tan chiquita como un zapallito. Al verle la cabeza vio que tenía algo en las orejas. La miró de cerca.

—¡Tiene aritos! —dijo Octi.

—Sí, porque es nena —le contestaron los padres.

—¿Las nenas nacen así? ¿Con qué nacemos los demás?



Octi se levantó la remera y se revisó la panza a ver si había algún arito. No encontró nada.

—¿Qué tenía yo cuando nací?

Los padres se rieron. Octi sospechaba que cada vez que se reían era porque no sabían la respuesta. Tanto lo hacían estudiar en el colegio a él y ellos nunca estudiaban sus libros de padres. Pura sanata.

—No los tenía puestos cuando nació, vos tampoco tenías nada — le contestaron.



—Maga, ¿de dónde sacaste los aritos? Maga, contéstame, deja de chuparte el dedo, Maga, Maga.

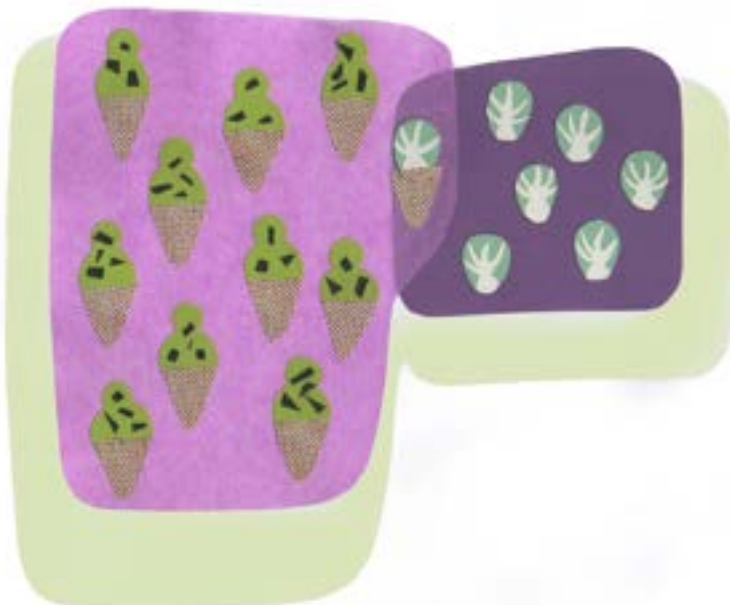
—Todavía no puede hablar, es muy chiquita —dijo la madre.

—¿Y cómo pidió los aritos?

Los papás de Octi se miraron.

—¿Saben lo que significa? ¡Significa que Maga es maga! Hizo aparecer los aritos.

Los papás se rieron otra vez. A Octi no le gustó. La magia era un asunto serio. Lo vieron tan serio que le aclararon: la enfermera le había perforado las orejas para ponerle los aritos. Le explicaron que a las bebés les ponen aritos. Así la gente sabe que son nenas.



La gente era una respuesta que daban seguido cuando Octi preguntaba algo. La seño Lucrecia, la de lengua, les diría: ¡Están usando una muletilla, dejen de repetir como loros!

¿Quién pedía menta granizada? La gente. ¿Quién comía repollitos de Bruselas? La gente. ¿Quién se llevaba todo el dulce de leche del almacén de Tito? La gente. A Octi le daban ganas de decirle a sus papás: ¡dejen de repetir como loros!

Su hermana había llegado nuevita nuevita como zapatilla sin pisotones. Pero por culpa de la gente, ya estaba rota. Dos agujeros tenía, uno en cada oreja. ¡Esta gente!



Octi zarandeó el dedo índice de lado a lado. Descubrió que Maga lo seguía. Le acercó el dedo hasta tocarle la nariz. Los ojos de Maga se pusieron bizcos y se rió. Después le tocó un arito y la beba comenzó a llorar.

—Todavía le duelen —advirtió la madre.

—Maga, ¿por qué quisiste aritos si duelen? Maga, te estoy hablando, deja de bostezar, Maga, Maga.

—Maga no los pidió, pero mirá qué lindos que le quedan —dijo el papá—. Es toda una señorita. Dejémosla tranquila un rato que tiene sueño.



¿Una señorita? La seño Lucrecia no tenía aritos y era señorita. Además, las señoritas no usan pañal. Ni tienen pies de goma de borrar. Ni tienen el tamaño de un zapallito. Maga era una bebé. Estos padres no sabían nada de nada. ¡Tenían que volver al colegio!



La beba levantaba los brazos para tocarse las orejas, primero uno, después el otro. Y la mamá se los bajaba, uno y después el otro.

—Creo que va a ser una buena arquera, miren cómo estira los brazos— dijo Octi.



Los papás le contestaron que se quería sacar los aritos. Entonces Octi reaccionó:

—¿Y no le podían preguntar si ella quería los aritos y ya?

Sobre el autor de “La maga de los aritos”

La beba levantaba los brazos para tocarse las orejas, primero uno, después el otro.

Y la mamá se los bajaba, uno y después el otro.

Hola, soy Matías Pi. Nací en Avellaneda en 1992 y desde 2025 vivo en Azul junto a mi pareja.

Gracias a ella surgió La maga de los aritos. Un día hablamos sobre una bebé a la que le habían puesto los aritos al poco de nacer. Ella mencionó algo que nunca me había detenido a pensar. Limpió mis lentes sucios de costumbre.

Ese trabajo suelen lograrlo mis sobrinos. Tienen facilidad para descolocarme. Su sencillez para romper costumbres es un colirio que agradezco.

Por eso escribo, para compartirlo. Ver mejor es un trabajo colectivo.

Sobre la ilustradora

Nací en el seno de una familia librera del sur del conurbano bonaerense. Tuve la suerte de crecer rodeada de libros copiando sus ilustraciones y participando de las ferias de libros con autores que mis padres llevaban a distintos colegios de la zona.

En la adolescencia comencé a trabajar creando logotipos de manera autodidacta, hasta que entré en la carrera de Diseño gráfico en la U.B.A. de la cual egresé en 1998.

Cuando conseguí trabajar para editoriales como Estrada o Puerto de Palos recordé mi pasión por la ilustración, entonces comencé a formarme en una escuela que se llamaba Sotano Blanco con profesoras muy buenas que hoy editan libros infantiles ilustrados en todo el mundo.

Hace más de una década me formé como docente y doy clases en escuelas secundarias y de adultos y en la Licenciatura de Diseño y Comunicación de la Universidad Nacional de Lanús. Comprometida con el rol social del diseño doy talleres sobre oficio gráfico y editorial en espacios feministas, cooperativas, y en mi propio espacio que cree en una antigua imprenta recuperada.

Disfruto muchísimo ilustrar para infancias porque vuelvo a sentirme esa niña que dibujaba rodeada de libros entre las estanterías de la librería.

Reconocimiento María Elena Walsh: Primeros Lectores © 2025
por Dirección de Mujeres, Géneros y Diversidades de la Presidencia
del Senado de la Provincia de Buenos Aires tiene licencia Creative
Commons Atribución-No Comercial-SinDerivadas 4.0 Internacional.
Para ver una copia de esta licencia, visite <https://creativecommons.org/licenses/by-nc-nd/4.0/>





**¡Si te gustó el contenido de estos
cuentos podés descargarlos de
nuestra web y seguir disfrutándolos!**

generos.senado-ba.gov.ar

Instagram @senadogeneros